

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

Estaban los tomatitos



"Estaban los tomatitos/ muy contentitos/ cuando llegó el verdugo/ a hacerlos jugo./ ¡No me importa la muerte!/ dicen a coro/ si muero con decoro/ en las botellas Del Fuerte".

Yo pertenezco a la generación a la que le tocó en suerte ser parte del público que originalmente escuchó este mensaje comercial. Muchos hay que lo han aprendido a través de nuestra poderosa tradición oral y así, estos versitos elementales pero con encanto, se han convertido casi en una seña de identidad para las tribus tenochcas que habitamos estas tierras a partir de 1950. Si alguien nos dice que es mexicano y no se sabe la canción "Estaban los tomatitos" tendremos buenas razones para suponer que se trata de un espía croata que se infiltró en la Central de Abastos para robar nuestros secretos. Aquí me detengo y desvío mi atención hacia esos lectores que tienen una muy escasa capacidad de lectura, o una muy abundante mala leche. A estas alturas de mi trabajo, ya aprendí a distinguir conejos de mapaches, vale decir: lectores bien o mal intencionados. Que estos últimos me salgan con que soy reaccionario, o derechista, o

enemigo de la mujer como me dice un doctor en una prolífica carta llena de tonterías, o defensor a ultranza del gran capital; todo esto y muchas cosas más que me dicen, me dejan impávido quizá apenado por la proliferación de una maldad tan carente de inteligencia y de filo. Los leo cuando es inevitable y me acuerdo de las palabras de Alejandro Aura: "Si no quieres que te pisen, no salgas a bailar" y resulta que yo ando y andaré en el baile. Existen también los lectores de buena fe cuyo único problema es una cierta falta de finura al leer. Muchas veces se toman en serio lo que es broma, o me leen tan al pie de la letra que termino siendo a sus ojos un Rasputín del periodismo. No sean así, muchachas y muchachos, no vivan ni lean tan a la tremenda; en nuestro país, con los puros diputados y senadores ya llenamos nuestro cupo de seres paquidérmicos. Tratemos nosotros de ser leves y gorjeantes; no seamos halcones si podemos ser colibríes.

Dicho esto, regresamos a los tomatitos y me apresuro a confesar una confusión que me acompaña desde mi niñez. En mi casa que era pobre pero decente, yo aprendí que el que ahora nombran tomate no se llamaba así, sino jitomate (según Santamaría en su Diccio-

nario de Mexicanismos la etimología está de nuestra parte y así jitomate proviene de las dos raíces aztecas "xitli" (ombligo) y "tomatl" (tomate). Con el jitomate se preparaba la salsa roja y con el tomate que era como un jitomatito verde se preparaba la salsa verde que era y sigue siendo mi favorita. Mientras estuve bajo el yugo de mi ruda y dulce madre, todo era claro: el rojo ombligón y con cachetes de Secretario de Hacienda era el jitomate; el verde, más pequeño era el tomate y con él, por ejemplo, se preparaba el entomatado que era un platillo delicioso que jamás se preparó con jitomate. Llegada la hora, salí al mundo para venir a averiguar que a mi jitomate lo llaman tomate y a mi tomate, tomate verde. O sea que ya no entiendo nada. Yo escribo con todas sus letras un texto sobre el jitomate y la gente me saluda en la calle y me dice que le encantó lo que escribí sobre el tomate. ¡Me lleva!. HOY TOCA.

**¿QUÉ TAL DURMIÓ?
MDCLIII (1653)
MONTIEL.**

Cualquier correspondencia con esta columna entomatada, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

